



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

## **HOMILÍA en el RITO de ADMISIÓN** **Santiago, 18 de diciembre de 2009**

Queridos Formadores, Sacerdotes, candidatos al Rito de Admisión, seminaristas, familiares y amigos de los candidatos, hermanos y hermanas en el Señor.

Damos gracias a Dios en esta celebración porque su amor se manifiesta en la decisión generosa de estos candidatos Rubén, Francisco Rafael y Andros, que ofrecen su disponibilidad para recibir en un futuro próximo el sacramento del orden, no ignorando que Dios nos da como gracia lo que nos pide como misión. Os felicito cordialmente a vosotros, queridos candidatos, a los que os han acompañado y están acompañando en el seguimiento de vuestro itinerario vocacional y a vosotros, familiares, amigos y conocidos. Al acoger vuestra disponibilidad, lo hago en nombre de la Iglesia pues es ésta la que os llama y os acepta.

En esta celebración hemos de referirnos al Año Jubilar Sacerdotal que estamos celebrando y al Año Santo Compostelano que dará comienzo en unos días, recordándonos nuestra vocación a la santidad en la misión que el Señor nos encomienda a cada uno de nosotros. La llamada del Señor conlleva un compromiso radical: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24). Primero la renuncia profunda a lo que en nosotros no es cristiano, luego se podrá tomar la cruz santificadora y redentora con Cristo para seguirle y ser fielmente su testigo y colaborador en la obra de la redención. “Vosotros daréis testimonio también porque desde el principio estáis conmigo” (Jn 15,27). Y en este contexto es preciso vivir con pasión la identidad cristiana, perfilando, queridos candidatos al Rito de Admisión, la figura del futuro pastor en vosotros conforme a Cristo. Para la persona humildemente consciente de su vocación cristiana “se impone una respuesta fundamental y esencial, es decir: la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad, del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo redentor del hombre, hacia Cristo redentor del mundo”. Esta conciencia tiene que llevaros a buscar la voluntad de Dios Padre sin ambigüedades y sin conformismos, obedeciendo siempre a la verdad que es lo que os hará libres y felices. La felicidad es la consecuencia del servicio gratuito a la verdad.

El adviento fortalece nuestra esperanza. Es el mensaje de la primera lectura y del evangelio. “Suscitaré a David un vástago y lo llamarán: El Señor nuestra justicia” (Jr 23,5-8). La esperanza lleva consigo el gozo adelantado de aquello que se espera: Cristo será el nuevo David que liberará portentosamente a su pueblo. La pedagogía litúrgica trata de presentar ejemplos de personas disponibles para el Misterio de Cristo. José nos ofrece una lección de



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

disponibilidad: la de una vida que se santificó por exigencias del Adviento de Cristo Jesús. Pobre, humilde, un trabajador más del pueblo. Piadoso y justo, va a vivir un acontecimiento de gracia que no se podría imaginar. Todo iba siendo normal en su existencia humana. Se desposa con María, una joven de santidad inigualada, forma un nuevo hogar y disfruta de una convivencia propia de una nueva familia. Pero se interpone la Voluntad de Dios en su camino: una paternidad virginal sin concesiones, una responsabilidad providente irreplicable ante Jesús y junto a María con exigencias de disponibilidad y de heroísmo secreto para toda su existencia. También el da su sí incondicional al designio divino. En el fondo de cada vida humana no existe sino el problema dramático diario: la posible oposición, consciente o inconsciente entre la Voluntad de Dios y la propia voluntad de la criatura, adoptando la postura de anular a Dios o la actitud farisaica de sustituir la voluntad de Dios con piedades a nuestra medida aunque no todo el que dice Señor, Señor, entre el Reino de Dios, sino el que cumple la voluntad de mi Padre (Mt 7,21). Donde queda la petición diaria de hágase tu voluntad. La identidad cristiana exige siempre un fondo de disponibilidad incondicionada ante el designio divino. "Para que seáis llenos del conocimiento de la Voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, y andéis de una manera digna del Señor, procurando serle grato en todo, dando frutos de toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios" (Col 1,9-10).

En la auténtica identidad cristiana emerge siempre un fondo sincero de disponibilidad incondicionada ante el designio divino. No deberíamos sólo resignarnos humildemente a la Voluntad divina, como mínimo de fidelidad en cada instante de nuestra vida; tampoco es suficiente conformarnos sinceramente con esa Voluntad amorosa; hemos de querer realmente y desear sinceramente lo que la Voluntad providente quiera de nosotros y amar amorosamente la misma Voluntad del Padre a estilo de Jesús. Esto nos da ánimo para podernos encontrar a gusto con nosotros mismos, conscientes de que nuestra persona es lo mejor que tenemos, aceptándonos a nosotros mismos para saber aceptar a los demás. Amar en serio lo que somos, nos hace capaces de convertir lo que somos en una maravilla, viviendo, amando y aprendiendo.

Nuestro encuentro con Cristo en la Eucaristía debe llenarnos de gozo. Es el cumplimiento de todas las promesas que se nos ofrecen, no ya en esperanza sino en comunión. La presencia de Dios es una referencia fundamental. Que la gratitud, la alabanza y el júbilo sean el sentimiento primordial con que nos acercamos al altar de Dios.

+Julián Barrio Barrio,  
Arzobispo de Santiago de Compostela